

LA NARRACION EJEMPLAR:  
DON JUAN MANUEL Y JUAN BENET.

LAS narraciones cortas con finalidad didáctica que vienen transmitiéndose desde la Antigüedad y el Oriente hasta el momento actual me traen a la memoria cantidad considerable de formas y versiones con las que me inicié en la lectura en los años en que empezaba a interesarme por los libros: fábulas, apólogos, ejemplos, mitos... Después el interés por las formas narrativas breves fue incrementándose con el paso de los años y de las lecturas.

Una vez más, el acercamiento a la obra de don Juan Manuel hace que se me aparezca simultáneamente como muy alejada y muy próxima. Cada vez parece mayor la distancia que nos separa de los contenidos que don Juan pretende divulgar con su obra narrativa: cómo conducirse en la vida diaria, ante situaciones comunes o insólitas, no importa; esto es lo que le hace "contar" sus historias y está en la concepción artística de su *Conde Lucanor*. Sin embargo, sigue estando próximo el escritor laico más significativo del siglo XIV castellano que tuvo por primera vez la actitud más moderna ante la creación literaria. Su prosa narrativa, cambiante dentro incluso de los mismos registros, ofrece una enseñanza y un provecho de orden artístico y literario, siempre vivo para narradores y lectores. Pienso que es precisamente en este aspecto en el que reside la vigencia y actualidad del autor del *Lucanor*.

La nueva consideración de los "ejemplos" de Patronio me hace llegar a la conclusión de que siguen siendo válidas aquellas palabras de Valbuena Prat que en cierto modo ponen en entredicho la tan traída y llevada "ejem-



plaridad" de los relatos de don Juan Manuel: "Es curioso cómo se insiste mucho en la cautela, el disimulo, la desconfianza en los compañeros de poder, la astucia para vencer al enemigo, la inteligente desconfianza de los privados, siendo de notar que, significativamente se abre el libro con el caso del favorito del rey que se libra de una muerte cierta precisamente en el momento en que su exceso de lealtad es una artimaña de su "cativo", que era gran filósofo y le aconseja una comedia para sincerarse con su monarca" (1).

Sin entrar en la problemática del origen, significado, transmisión o relaciones de estas formas narrativas, que tanto han preocupado a los estudiosos, me interesa fijar la atención en la permanencia de un género que sigue atrayendo por igual a escritores y lectores aún en nuestros días, a pesar de lo distante que puede resultar para la estética actual la literatura moralizadora y su finalidad utilitaria.

De modo parecido a lo que ocurre en el *Conde Lucanor*, la técnica de la ocultación, el engaño y el error, es la que domina en las recientes *Trece fábulas y media*, de Juan Benet (2). Es evidente que el autor actual afronta el género con una actitud nueva, externamente irónica e incluso cínica y, desde luego, no exenta del tono ejemplarizante tradicional en este género. En alguna ocasión ni siquiera prescinde de la obligada moraleja con la que habitualmente finalizaban estos relatos, a pesar de lo que se puede leer en la presentación de la cubierta del libro. Lo que ocurre es que la "ejemplaridad" que se desprende de cada una de estas *Trece fábulas y media* no corresponde a la moral codificada a través de los siglos en este tipo de creación literaria. El engaño, tema central de la colección, parece inevitable, y en la relación de fuerzas siempre sale ganando el engañador más hábil; no sólo es inevitable, sino que también podríamos añadir que es necesario. No hay nadie que se libre de él, desde el propio Dios hasta el desgraciado discípulo que obedece ciegamente a su maestro que lo está engañando hasta su propia aniquilación. Pienso que esta nota de cinismo con que Benet nos presenta las *Trece fábulas y media* es lo que más las distancia de la colección medieval.

Los temas, los simplicísimos asuntos, la actitud distante del narrador, emparentan esta colección actual con las clásicas y tradicionales. Aunque con algunas diferencias, todas las narraciones son sumamente breves y esquemáticas. La más breve de todas, la cuarta, "Fourth", localizada en Londres,

(1) A. VALBUENA PRAT. *Literatura española*, vol. I, pág. 178. 6.ª edic. 1960. Barcelona.  
(2) J. BENET. *Trece fábulas y media*. Edic. Alfaguara. 1981. Madrid.



está escrita en inglés, lo que destaca aún más la actitud bromista del autor. No hay en el libro marco ni hilo conductor que enlace unas fábulas con otras; la relación entre ellas hay que buscarla en el tema, señalado más arriba: el inevitable engaño, el error. Los tipos no suelen tener nombre, pero cuando lo tienen éste es significativo: Pertinax, Demonax, Mister Sopor... Cada una de las fábulas va ilustrada con un "collage" de Emma Cohen, acompañado de una frase representativa de la fábula; esto nos recuerda las ediciones decimonónicas y la voluntad del autor de actualizar un género tradicional.

El destino, la muerte, el cambio de personalidad, la guerra, el irreparable y tremendo error de la creación del hombre, y siempre el engaño, son los problemas que Juan Benet encara ligeramente en estas *Trece fábulas y media*, que podrían agruparse así:

a) La relación entre amo y criado es utilizada en varias ocasiones para el desarrollo del tema. Así, en la fábula "Primera" un comerciante encarga a su criado que le busque su destino y lo compre; tras gastar su vida y su memoria, el criado lo consigue encontrar en el único sitio posible: casa de su amo, del que había recibido el encargo. El comerciante en vez de encontrar su destino, lo que deseaba era deshacerse de él, pero la obediencia y fidelidad del criado le invalidan el engaño.

En la "Tercera" las relaciones entre el estudioso que prescinde del mundo que lo rodea para dedicarse a la meditación y especulaciones filosóficas y su criado son distintas. El estudioso prohíbe al criado cualquier tipo de interrupción, y sin embargo es interrumpido en tres ocasiones por motivos distintos: a las pocas semanas de su retiro, por la llegada de una carta, que no acepta; pasadas unas cuantas estaciones, por la llegada de un caballero, al que no recibe; y más de un lustro después por el anuncio de una dama, la muerte, a la que el estudioso decide dejar pasar; pero aún no ha llegado y todavía tardará algún tiempo.

Si en la "Primera" encontrábamos a un comerciante que había enviado a su criado a buscar su destino, en la "Séptima" el comerciante le encarga que se lo cambie; el criado intenta engañar al amo con la colaboración de un mixtificador, para llegar después a la confesión del autoengaño por parte del "honrado" comerciante.

En la "Novena" vuelve a servir la relación amo-criado para enfrentarse a la Muerte, en un encuentro que no es precisamente fortuito: el intento por parte del amo de hacer creer a la Muerte que su visita no le produce



horror, provoca tal pánico en el criado que dicha visita ocasiona los efectos de siempre: el criado, aterrorizado, asesina al amo.

b) La relación casual e imprevisible entre hombre y mujer en el caso de la fábula cuarta ("Fourth", como apuntábamos más arriba, escrita en inglés), nos lleva a un humorístico final feliz. El lanzamiento por la ventana de que es víctima un desdichado músico constituye su fortuna, puesto que viene a caer sobre el coche de lady Gorrea, que considera que le ha caído un marido del cielo. Tras la boda inmediata, el músico sólo tocará su instrumento por las calles —con fines benéficos— para evitar otra posible defenestración.

En cambio, en la "Décimosegunda" nos encontramos en situación bien distinta. En el viaje que realizan juntos una mujer —la Muerte— y un pasajero, aquélla intenta reiteradamente contactos amistosos con éste, que no llegan a prosperar. A pesar de ello, al finalizar el viaje el pasajero invita a la mujer a su casa, de la que ésta sale huyendo horrorizada, puesto que la lleva a un panteón del cementerio, ya que la tomó por una cualquiera y piensa que no merece otro trato.

c) La relación que hay entre el rey y sus subordinados la utiliza Benet para el pequeño asunto de la "Décimoprimera" fábula. Un rey que se siente próximo a la muerte encarga al comandante mayor de sus correos que, para una determinada fecha próxima, difunda la luctuosa noticia; en realidad se trata de la prueba a la que el rey somete al comandante para designarlo su sucesor; cuando todo está a punto y el comandante cree que está en un grave apuro puesto que el rey sigue con vida, en un arrebato de ira mata al monarca, con lo que todas las previsiones se cumplen.

Los preparativos minuciosos y detallados para una guerra abren la "Décima" fábula. El rey encarga a un meticuloso general la previsión de todos los pormenores para que la guerra tenga éxito. Tras sucesivas prórrogas y cuando ya está todo preparado excepto el último detalle, se inicia la contienda, que supone un éxito tras otro. Como el último episodio no estaba previsto, Juan Benet ofrece dos finales igualmente posibles; la noche que precede al fin, el general se retira del campo de batalla y lo deja todo en manos del ejército; a la mañana siguiente 1) la guerra está ganada; 2) la guerra se ha perdido.

d) El engaño en las relaciones conyugales y amistosas es el tema de la "Segunda" fábula. El juego de disfraces, entradas y salidas entre el marido, la mujer y Pertinax hace que cada uno de ellos no reconozca a los otros dos: el marido se ha disfrazado de mujer, la mujer lleva el disfraz de Pertinax, y



éste último el del marido. La situación hace llegar a la conclusión de que es necesario seguir disfrazado para preservar los más íntimos pensamientos e intenciones, "lo cual, si cada uno ha elegido con tino su disfraz, no cambiará nada las cosas".

e) Las relaciones de un patriarca con Dios nos llevan al engaño una vez más en las fábulas "Quinta" y "Sexta".

En la "Quinta" como no llegaba el ángel de Jehová, Abraham sacrifica un carnero que previamente había escondido en un zarzal ante el asombro de Isaac, que le pregunta si pretenderá engañar a Jehová. Benet sigue el relato bíblico en un principio, para desmitificarlo en la segunda parte; lo que importa es que se coman el carnero sin dar explicaciones a nadie.

Un viejo pastor y un anciano malhumorado, Dios, dialogan en la "Sexta" sobre el error más grande de la creación: la creación del hombre, que todo lo tergiversa. Lo más grave de este error —declara Dios— es que no tiene solución posible, "porque yo soy el Error y la Vida".

f) El engaño del filósofo solitario y huraño que decide solaparse tras una falsa personalidad ocupa la "Octava" fábula. Este hombre gris inventa a Demonax, que interesa a todos enormemente por la audacia de sus teorías; pero cuando cree que ha conseguido convencer a la asamblea de su existencia, les descubre que es él mismo y provoca las risas de todos los concurrentes. Luego bebe la cicuta, pero no le sirve de nada, puesto que "Como tras su muerte no prosperase su herejía se vino a demostrar una vez más que tanto él como el decano habían estado equivocados, acaso porque ambos confundieron condena con sacrificio y culpa con castigo".

g) El engaño que el maestro procura al discípulo ocupa la "Décimotercera" fábula, que cierra la colección. Este engaño podría servir de suma y representación de todos los demás. Las sucesivas recomendaciones que el maestro hace al discípulo lo conducen al fracaso más rotundo. Primero le indica que debe mantenerse en el error, que es preferible a la duda; más tarde le recomienda la duda. Los fracasos sucesivos llevan a este menguado discípulo a la muerte, en cuyo lecho lo asiste el maestro y lo intenta convencer de que ése es precisamente su éxito. La conclusión no puede ser más elocuente: "—Cuanto más canalla es la doctrina, mejor es el discípulo".

Es claro el parentesco de algunos de los asuntos que Benet utiliza con otros de larga tradición en la narrativa moralizadora occidental, y desde luego con los que don Juan Masuel recogió en su *Conde Lucanor*. Así pues, las relaciones entre amo y criado o rey y hombre de confianza, el estudioso



que se aísla de la realidad para penetrar los secretos de la existencia, el enfrentamiento con la muerte, las relaciones conyugales, el maestro que aconseja a su discípulo —aunque su objetivo sea el confunirlo—, etc., siguen siendo útiles para un tipo de literatura que posiblemente nunca pierda vigencia; por otra parte, entre la moral utilitaria del *Conde Lucanor* y el alegre cinismo de las *Trece fábulas y media* sólo hay la distancia que suponen los siglos que median entre ambas obras.

